

Dudó del montenegrino, dudó de la amistad, dudó de la gloria, hasta de los leones dudó. Y como Cristo en Gethsemaní, el grande hombre se echó á llorar amargamente.

¡Y cuánto el Tartarin-Sancho hizo sufrir al Tartarin-Quijote!

Peró mientras el burlado cazador estaba allí sentado en la puerta del morabito, pensativo, mohino, con la cabeza apoyada en ambas manos, la carabina entre las piernas y el camello mirándole á diez pasos de él, Tartarin, estupefacto, siente de nuevo ruido, levanta los ojos y ve llegar un gigantesco león, avanzando con la frente erguida, sacudiendo la melena y atronando los aires con formidables rugidos, que hacían temblar las paredes del sepulcro y hasta las zapatillas del santón en su nicho...

¡Sólo el tarasconense no tembló!

—¡Por fin! exclamó dando un salto y apuntando al mismo tiempo. Suena el tiro. Ya está. El león tiene dos balas explosivas en la cabeza. Durante un minuto se vieron volar sesos y sangre.

Luego todo quedó en silencio y Tar-

tarin vió que dos gigantes negros corrían hacia él con el garrote levantado.

Eran los de Milianah.

¡Oh desgracia!



Al león amansado, al pobre ciego del convento de Mohammed, acababan de matar las balas de la Provenza.

Esta vez sí que Tartarin se vió á dos pasos de la muerte, pues ambos negros

le hubieran despedazado, si no llegara á tiempo un guarda rural para impedirlo.

La vista del kepis calmó como por encanto la ira de los negros.

Tranquilo y majestuoso, el guarda hizo cargar en el camello los restos del león, y mandando al delincuente, lo mismo que á los negros, que le siguieran, llegaron á Orleansville y entregó todo en el Juzgado.

Fué un largo y terrible proceso.

Después de la Argelia de las tribus, que acababa de recorrer Tartarin de Tarascón, conoció otra Argelia no menos burladora y terrible: la Argelia de las ciudades, del Foro, con sus procedimientos y sus abogados. Conoció la judicial y torcida bizca, que embrolla todos los negocios en la mesa de los cafés, la bohemia de los hombres de ley, la curia, los expedientes que huelen á alcohol, la toga manchada de vinazo; conoció á los procuradores, escribanos, agentes de negocios, abogados, relatores, toda este enjambre que vive del papel sellado, hambrientos aun estando repletos, y delgados á pesar de devorar

cuanto hallan delante; capaces de comerse del pobre colono hasta la suela de sus zapatos, y dejarlo despojado y limpio como panoja de maíz.

Ante todo se trataba de saber si el león había sido muerto dentro de la jurisdicción civil ó militar; en el primer caso, el negocio correspondía al tribunal de Comercio, y en el segundo, Tartarin debía ser entregado al Consejo de Guerra; á cuyo nombre sólo el impresionable tarasconense se veía ya fusilado al pie de las fortificaciones ó pudriéndose en el fondo de un calabozo.

Lo terrible es que el señalamiento de límites de las dos jurisdicciones es muy vago en Argelia... Por último, pasado un mes de mucho andar, de estadas al sol en los patios de las oficinas, se acordó que si bien el león había sido muerto en una zona militar, Tartarin, cuando tiró, se encontraba en territorio civil.

El asunto se juzgó, pues, con arreglo á este último criterio, y nuestro héroe se vió libre mediante una indemnización de dos mil quinientas pesetas, sin las costas.

Y aquí su nuevo y grandísimo apuro. ¿Cómo se las arreglaría para pagar todo?

El poco dinero que le quedó después del robo del Príncipe, se había gastado hacía tiempo en papel sellado y en ajeno judicial, y por lo tanto el desgraciado matador de leones se vió en la necesidad de vender en detalle su caja de armas. Un especiero le compró las conservas alimenticias, un boticario lo que le quedaba de medicinas. Las botas de marino y la tienda de campaña siguieron el mismo rumbo. Después de pagarlo todo, Tartarin no poseía más que la piel del león y el camello.

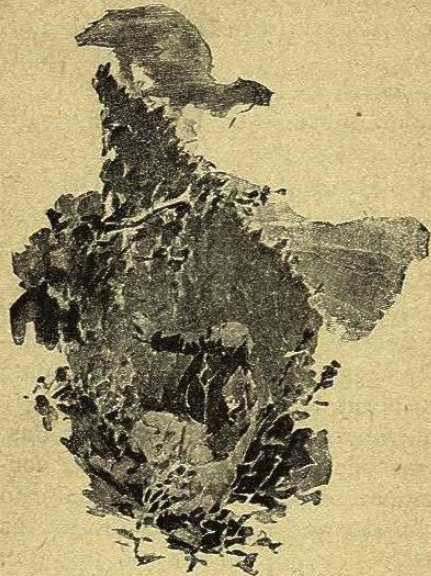
¿Qué hacer?

Por de pronto, embolsó cuidadosamente aquélla y la mandó a Tarascón, dirigida al valiente comandante Bravida.

Veremos después lo que fué de tan importante despojo.

En cuanto al camello, contaba con servirse de él para volver á Argel, no montándolo, sino con objeto de venderle y poder con su importe pagar la diligen-

cia; pero en aquel mercado, en donde tantas cosas vendiera, no halló nadie que se lo quisiera comprar.



Sin embargo, Tartarin deseaba regresar á Argel, ganoso de descansar, de volver á ver el corsé de Baía, su casita

sus fuentes, las hojas blancas de trébol de las columnas de su patio. Mientras llegaba el auxilio metálico que había pedido á Francia, no titubeó un momento, y triste, mas no abatido, emprendió el viaje á pie, sin dinero y por jornadas cortas.

El camello no le abandonó.

Aquel pobre animal experimentaba por el desgraciado cazador un cariño inexplicable, y viéndole salir de Orleansville, anduvo detrás de él, arreglando su paso al de su amo, y no perdiéndole nunca de vista.

En el primer momento, tanta fidelidad enterneció á Tartarin; tanto más, cuanto que el camello sebuscaba el alimento en las horas de descanso.

Sin embargo, al cabo de algunos días, el tarasconense se aburrió de tener continuamente á su lado aquel taciturno compañero, que le recordaba todos sus sinsabores, y por fin le tomó tal odio, que no pensó en otra cosa que en desembarazarse de él; mas el animal no aprovechaba la libertad que se le concedía.

Tartarin procuró extraviarle; pero el camello le volvió á encontrar; echó á correr, y el mudo servidor corría más que él. Le gritaba: «¡Vete!», tirándole piedras. El pobre animal se paraba, mirándole con aire muy triste, luego empezaba á andar de nuevo, y concluía siempre por alcanzar á su amo. Tartarin no tuvo más remedio que dejarle hacer lo que quisiera.

Cuando, después de ocho días de marcha, el tarasconense, lleno de polvo y en extremo cansado, vió desde lejos relumbrar, entre el follaje, las primeras azoteas de Argel; cuando se encontró en las puertas de la ciudad, en la avenida de Mustafá, en medio de los zuavos y de las mahonesas, que le miraban pasar acompañado de su camello, perdió por completo la paciencia.

—No, dijo; no es posible. No puedo entrar con este animal detrás de los talones.

Y aprovechando un barullo de coches, se metió por un campo y se escondió en una zanja.

Desde allí vió al camello que corría

cuanto le era posible por el camino, alargando el pescuezo con ansiedad.

Entonces, aliviado de un gran peso, el héroe salió de su escondrijo y entró en la población por un sendero extraviado.



## VII

## CATÁSTROFE

SOBRE CATÁSTROFE

**A**l llegar delante de su casa moruna, Tartarín se detuvo muy admirado. Caía la tarde, la calle estaba desierta. Por el postigo de la puertecilla que la negra había olvidado cerrar, se sentían risas, ruido de copas, detonaciones de

descorchar botellas de Champaña, y dominando toda aquella alegre algazara, una voz clara y fresca de mujer que cantaba:

Amas tú, Marco la Bella,  
el danzar en los salones, etc.

—¡Ira de Dios! exclamó el tarasconense palideciendo y precipitándose en el patio.

¡Desdichado Tartarin! ¡Qué espectáculo le esperaba! Bajo los arcos del pequeño claustro, en medio de botellas, pastas, dulces, cojines desparramados, pipas, tamboriles, guitarras, Baía, de pie, sin chaquetilla azul ni corpiño, con solo una camisa de gasa con hilillo de plata, con amplios calzones color de rosa pálido, cantaba *Marco la Bella*, teniendo en su cabeza, de medio lado, una gorra de oficial de marina... A sus pies, rendido de amor, de bebida y de dulces, se arrastraba Barbassou, el infame capitán Barbassou, riendo hasta reventar al escuchar á la dama.

La aparición de Tartarin, lívido, delgado, polvoriento, con los ojos echando

chispas, la borla de la *chechia* erizada, interrumpió de pronto la algazara de esta fiesta orgiástica turco-marsellesa; Baía lanzó un pequeño grito de liebre espantada, y escapó escaleras arriba. Barbassou no se inmutó, sino que riendo á más y mejor:

—Y bien, Sr. Tartarin, ¿qué me cuenta usted? Ya ve usted que ella sabía el francés.

Tartarin de Tarascón adelantó furioso:

—¡Capitán!

La mora, asomándose á la balaustra del piso superior, le dirigió una frase burlesca en dialecto marsellés, acompañada con un gesto grotesco y un ademán desenfrenado. El pobre hombre, aterrado, se dejó caer sobre un tamboril. ¡Su mora sabía hasta el marsellés!

—¡Cuando yo le decía á usted que desconfiase de las argelinas! murmuró sentenciosamente el capitán. Esta es lo mismo que vuestro Príncipe montenegrino.

Tartarin levantó la cabeza.

—¿Sabe usted dónde está el Príncipe?

—¡Oh! no está lejos: habita para cinco años la prisión de Mustafá. El muy tuno

se ha dejado coger con la mano en el bolsillo. Por lo demás, no es la primera vez que le ponen á la sombra. Su Alteza ha sufrido ya tres cursos en un correccional, tres años, no sé en dónde... ¡Ah, sí, creo que precisamente en Tarascón!

—¡En Tarascón! repitió Tartarin súbitamente iluminado por un recuerdo. Por esto no conocía más que un lado de la ciudad.

—¡Bah! sin duda: el Tarascón visto desde la cárcel. ¡Ah, mi pobre Sr. Tartarin! Es preciso abrir mucho el ojo en este diablo de país, sin lo cual siempre se está expuesto á cosas muy desagradables... Por ejemplo, aquella historia vuestra también con el muezzin...

—¿Qué historia, pardiez?

—¡Toma! pues el muezzin de enfrente, que hacía la corte á Baía. *El Akbar* ha contado la historia en su número del otro día, y todo Argel está todavía riendo. Tiene tanta gracia ese muezzin, que desde lo alto de su torre, al cantar sus oraciones, se declaraba en las barbas de usted á su amiga, dándole cita para el día

siguiente, é invocando para todo el nombre de Alá...



—¿Pero es que en este país todo el mundo es un tunante? ¡Ira de Dios! gritó Tartarin.

Barbassóu se encogió de hombros filosóficamente, y repuso:

—¡Qué quiere usted! ¡Los países nuevos!... No importa: lo que urge es que, si quiere usted hacerme caso, se vuelva á Tarascón.

—¿Volver? Eso se dice fácilmente. ¿Y el dinero? Usted no sabe cómo me han desplumado allí abajo, en el Desierto...

—Eso no le hace, interrumpió el capitán riendo nuevamente. *El Zuavo* parte mañana, y si usted quiere que lo vuelva á la patria... ¿Le conviene á usted, camarada? Entonces, corriente. No queda que hacer más que una cosa: todavía quedan algunas botellas de Champaña, y allá va la mitad de una rica torta: ¡síntese, y cenemos sin rencores!

Después del minuto de duda que le imponía su dignidad de tarasconense, adoptó su resolución.

Sentóse, y bebió.

Baia volvió á bajar al ruido de los vasos, y concluyó la interrumpida canción de *Marco la Bella*, prolongándose la fiesta hasta muy entrada la noche.

Hacia las tres de la madrugada, con la cabeza ligera y los pies pesados, el bueno de Tartarin volvía de acompañar á su amigo el capitán. Al pasar por delante de la mezquita vió la puerta abierta, y el recuerdo del muezzin y de sus farsas le hizo reír, y concebir al propio tiempo una bella idea de venganza. Penetró; siguió largos corredores tapizados de esteras; subió, subió más todavía, hasta hallarse en el pequeño oratorio turco, donde una linterna de hierro se balanceaba colgada de la bóveda, bordando en los muros caprichosas sombras.

El muezzin estaba allí recostado en un diván, con su gran turbante, su capa blanca, su pipa de Mostaganem, y delante un gran vaso de ajeno fresco, que agitaba religiosamente, esperando la hora de llamar los creyentes á la oración.

A la vista de Tartarin, dejó su pipa lleno de terror.

—¡Ni una palabra, cura! murmuró el tarasconense, que tenía su plan preconcebido. ¡Pronto, tu jaique y tu turbantel!



El cura turco, temblando, se despojó de ambas cosas. Tartarin se puso las dos prendas, lanzándose á la terraza del minarete.

La luna rielaba en el mar á lo lejos. Las blancas techumbres relucían á la luz del astro de la noche. La brisa marina traía en sus ondas lejanos sonos de guitarras. El muezzin de Tarascón se recogió un momento en meditación; después, levantando los brazos, comenzó á salmodiar con agudísima voz:

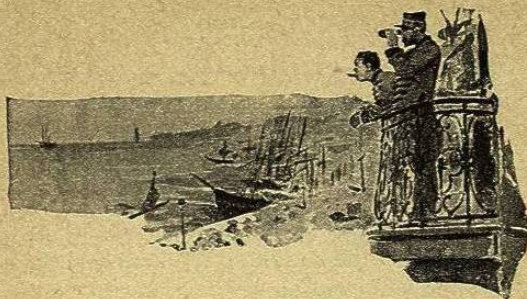
*La Allah il Allah!...*

¡Mahoma es un viejo farsante! ¡El Oriente, el Korán, los bajalatos, los leones, las moras, todo esto no vale un pitoche!... ¡Gaznápiros!... ¡No hay tales *Teurs!*... ¡No hay más que mezquinos jugadores!... ¡Viva Tarascón!

Y mientras que en una jerga extraña, mezclada de árabe y provenzal, el ilustre Tartarin lanzaba á los cuatro puntos cardinales, al mar, á la ciudad, á la llanura y á la montaña, su alegre maldición ta-

rasconense, la voz clara y grave de los otros muezzines le respondía, alejándose de alminar en alminar, y los últimos creyentes de la ciudad alta se golpeaban devotamente el pecho.





## VIII

¡TARASCÓN! ¡TARASCÓN!

**L**AS doce.

El buque va á ponerse en marcha.

Arriba, en el balcón del café Valentín, los señores oficiales fijan su anteojo en el feliz barco que va á Francia.

Abajo, los pasajeros se apresuran en amontonar sus equipajes en las barcas que los conducen al buque. Es la gran distracción del Estado Mayor.

La rada brilla. Los viejos cañones turcos, clavados á lo largo del muelle, relu-